



REPRESENTACIÓN DE
YOROI KUMI - COMBATE
CON ARMADURA.

*Todas las fotografías
son cortesía del autor.*

Resumen

El *iaido* (desenfundado rápido del sable) y el *Ken Jutsu* (esgrima con sable) son dos artes marciales japonesas que han llegado a trascender su faceta utilitaria para convertirse en caminos espirituales de autoperfeccionamiento. En este ensayo, el autor expone algunas de las claves e ideas fundamentales que dan soporte a esta concepción, desde cuya perspectiva la mística de ambas disciplinas comienza ya en el propio proceso de forja del sable y se extiende hasta la última ejecución de las técnicas, cuando el actor se libera a través del gesto del corte de todo aquello que le ata a lo mundano.

LA ESPADA DE LA SABIDURÍA:

REFLEXIONES EN TORNO

A LA FILOSOFÍA Y ESPIRITUALIDAD

DEL KEN JUTSU Y DEL IAIDO

JOSÉ MANUEL COLLADO VALENCIA



Introducción

En la era de la informática y de los ingenios de destrucción masiva, parece insólito escribir acerca de un arma como es el sable japonés (*katana*) que tuvo su auge en plena Edad Media y cuya tradición sigue hoy viva sólo gracias al interés que suscita en un reducido número de personas, rara especie de objetores a la forma de vida actual.

Es curioso observar la espiritualidad que ha rodeado al sable desde su propia concepción. El forjador de sables (*Kaji* o *To-Sho*) se sometía a una dura disciplina de ayuno y aislamiento, con objeto de purificar todas sus acciones y lograr de esa manera una obra sin igual en la que quedarían impresas las cualidades de su propio carácter. Existía por tanto, una cierta transmisión o comunión espiritual entre el artesano y su creación.

El presente ensayo constituye una aproximación a las bases materiales y filosófico-religiosas que rodean el arte del sable en Japón, dentro de sus dos vertientes: *Iaido* (desenfundado rápido del sable) y *Ken Jutsu* (esgrima con sable).

El sable: materia y espíritu

Como en una mágica alquimia, el forjador evocaba los elementos sagrados –Aire (*Kaze*), Tierra (*Chi*), Fuego (*Hi*), Agua (*Sui* o *Mizu*)–, manipulándolos con sabiduría y erigiéndose como puente de unión entre los designios divinos y la materialidad de las formas. Sólo él, entre el dragón de los cielos y el tigre de la tierra (*Ten Chi Jin*).

En el Aire puro de la montaña, el *kaji* mezclaba en proporciones secretas la Tierra ferruginosa (*tamahagane*), sometiéndola luego al Fuego purificador, capaz de liberar la esencia del mineral más noble, para sumergirlo finalmente en el Agua que conformaría una estructura renovada. De la nada, del Vacío original (*Ku*), había nacido la hoja del sable capaz de liberar al guerrero de sus ataduras materiales.

Cuando un proceso escapa a la mera repetición sistemática y requiere de la intervención del espíritu de quien lo realiza, entra por mérito propio en la clasificación de Arte. Cómo definir sino algo que se regía por normas tan poéticas como: “Calentar el acero hasta lograr el color de la luna en el cielo de Junio”, o “Enfriar la hoja en el agua a la temperatura de un riachuelo en Febrero”.

Cada artesano se convertía así en experto de su propio método de fabricación, dando lugar a obras irrepetibles, con características perfectamente identificables, asociadas para siempre a su firma (*mei*), normalmente escondida bajo la empuñadura del sable (*tsuka*).

Los diferentes tipos de forja variaban, desde los más sencillos, en los que una capa de acero endurecido se soldaba lateralmente a otra lámina de hierro (*suheya*), pasando por sistemas de calidad media en los que el metal más duro envolvía la lámina más blanda desde abajo (*kobuse*) o desde el lomo superior (*wariha*), hasta llegar a las hojas de mayor

calidad, forjadas combinando hierro y acero en múltiples capas que suministraban sus particulares características de elasticidad y dureza.

Esta doble pletina blanda-dura para laminación recibía el nombre de *kataha*. Después, el conjunto de esas láminas se doblaba una y otra vez a golpe de martillo, forjando así hojas que, en un espesor reducido, incluían miles de laminillas originales. Cuando la hoja final se pulía, dejaba a la vista su configuración en capas, lo que permitía su catalogación como si se tratara de los anillos de un tronco recién cortado. Estas huellas laminares (*hada*) tienen una denominación concreta según su forma:

- Recta (*Masame*)
- Madera (*Itame*)
- Curvada (*Ayasugi*)
- Celular (*Mokume*)

Una vez laminadas, las mejores hojas requerían ser endurecidas en las zonas del filo y de la punta. Esto se lograba introduciendo mayor contenido de carbono en el acero, a través de un proceso de calentamiento en el lecho de un horno de carbón. Cuando el porcentaje de carbono era lo suficientemente elevado, la hoja estaba lista para el temple.

Para evitar la fragilidad asociada en las áreas de corte o bloqueo, un buen sable necesitaba distintos grados de elasticidad y dureza en las diferentes zonas de la hoja. Un problema a resolver era cómo dosificar adecuadamente el proceso de templado (elevadas temperaturas y enfriamientos bruscos) de manera que la gran dureza resultante se distribuyera correctamente. La solución se adoptaba en forma de recubrimiento arcilloso (*sabidoro*) con un espesor muy pequeño en el filo y progresivamente mayor hacia el dorso de la hoja (*mune*), que controlara los efectos de la temperatura durante los sucesivos temple. La consecuencia evidente en la hoja era una línea perfectamente definida (*hamon*) que ponía de manifiesto los diferentes grados de cristalización del acero.

Una posterior operación de pulido/rectificado permitía eliminar rugosidades superficiales y corregir angulaciones del filo en zonas especialmente delicadas, como la punta (*kisaki*).

La última operación podía incluir la ejecución de grabados ornamentales con motivos alegóricos, como la “Recta espada de la Sabiduría” (símbolo de Fudo Myoo, arquetipo de la estabilidad, la fortaleza y rectitud de carácter) o el símbolo en sánscrito (*siddham*) de la divinidad protectora elegida. En ocasiones, la firma del artesano se encontraba acompañada por la de sus asesores, que certificaban así las pruebas realizadas con la hoja recién fabricada (*tameshigiri* y *suemonogiri*) antes de ser entregada a su destinatario.

El sable quedaba dispuesto, montado en principio de manera sencilla en una empuñadura de madera natural, sin adornos, a juego con la funda (*shirasaya*), evidenciando así el valor predominante de la hoja frente a cualquier tipo de ornamento externo. Posteriormente tomaría la forma definitiva incorporando una guarda (*tsuba*) en fundición de gran calidad artística, la empuñadura (*tsuka*) forrada con piel de tiburón y seda trenzada, y una funda (*saya*) en madera lacada.

La denominación de los diferentes tipos de sables variaba en función de su forma y longitud. Un resumen simplificado incluiría:

- *O Dachi (Jin Tachi)*: longitud entre 130-160 cm. Se portaba a la espalda y su manejo requería una buena dosis de fuerza.
- *Tachi*: precursora de la katana y de similar longitud. Se llevaba colgada con el filo hacia abajo.

- *Katana*: original del siglo XIV. Utilizada frecuentemente en combinación con otros sables más cortos. Se llevaba en la cintura, con el filo hacia arriba. Longitud, 100-120 cm.
- *Wakizashi (Kodachi) (Shoto)*: longitud entre 60-70 cm. Hoja curva para ser manejada con una sola mano. Se solía llevar en la cintura, bajo la katana.
- *Tanto (Tanken)*: entre 30-35 cm., era de hoja recta o ligeramente curvada y tenía guarda.
- *Aikuchi*: longitud 25-30 cm. Sin guarda. Típico en el ceremonial del *seppuku*.



Según la curvatura de la hoja se establecían diferenciaciones:

- *Koshizori*: Curvatura clásica, cuyo centro se localiza cerca de la empuñadura.
- *Toriiizori*: El punto central de curvatura coincide con el centro de la hoja.
- *Sakizori*: El centro aquí se desplaza hacia la punta.
- *Uchizori*: Curvatura muy poco pronunciada
- *Muzori*: Hoja de un solo filo, totalmente recta.

La cultura que se desarrolló alrededor del sable alcanzó no sólo los aspectos meramente técnicos, sino también los espirituales, creando así modos de vida diferentes y propiciando la búsqueda del ser interior a través de la renuncia a uno mismo (*musha shugyo*). Es así cómo detrás de los dos aspectos básicos del manejo de la katana –*iaido* (sistema de desenfundado y corte instantáneo, anticipándose a la iniciativa del oponente) y *ken jutsu* (esgrima básica del sable consistente en movimientos de ataque y bloqueo encaminados a contrarrestar la acción del adversario)–, se encuentra todo un respaldo esotérico, cuya riqueza sobrepasa con amplitud los aspectos meramente mecánicos antes indicados. Es la doble faceta presente, como en tantas otras ocasiones, en los diferentes aspectos en la vida japonesa: mientras el lado *omote* hace referencia a todo lo “visible” en el arte del sable, a sus técnicas y movimientos, el lado *ura* hace mención a la espiritualidad que ilumina el camino (*do*) del guerrero.

La asimilación del sable como un ente completo (nuestro propio ser) permite identificar en él los dos aspectos básicos: material y espiritual, cuerpo y alma, funda y hoja. De este mismo modo, fue la tradición la que convirtió en forjadores de almas –que no de armas– a los que fueron artesanos del sable con demostradas cualidades morales.

Cuando practicamos los movimientos básicos con katana debemos ser capaces de “ver a través de ellos”. En el *Nuki Kuri Kata* (forma de desenfundar), por ejemplo, es necesario experimentar el sentimiento profundo que acompaña al continuo ir y venir de nuestro sable. Por ello se dice que en el hecho de extraer la katana de la *saya* hay algo más que un mero gesto defensivo. Al descubrir la hoja destapamos también nuestra intimidad más profunda (*kokoro*), en un acto de sinceridad completa, de búsqueda hacia el interior,

KESA GIRI - CORTE EN
DIAGONAL DESDE
EL CUELLO.

de reconocimiento total del Ser que vive en nosotros mismos. El practicante sitúa frente a él todos aquellos aspectos negativos que oscurecen su propio Yo, y en ese primer corte al vacío (*nuki tsuke*) trata de abatirlos, de purificarlos con la intención enfocada en un solo objetivo. De este modo logra identificar a su verdadero adversario y luchará contra él cada día, en cada movimiento, una y otra vez, hasta que de ese combate interior, como en la alquimia de una forja, renazca el Ser Universal.

Así, poco a poco, vamos entrando en el sentimiento oculto de cada movimiento, logrando de esta manera un paralelismo ideal en el desarrollo de los dos aspectos básicos de nuestra naturaleza: el “Yo” (pronunciación japonesa de “Yang”, principio activo del Taoísmo chino) más expresivo de nuestro cuerpo físico, unido al “In” (correspondiente al “Yin”, principio pasivo) potenciador de nuestras cualidades espirituales.

En cada gesto, como en la propia vida, asumimos la grave responsabilidad sobre las consecuencias de nuestros actos. En la realidad del *furi kabute* (armar el sable sobre la cabeza), por ejemplo, queda patente todo el dramatismo de una decisión que implica continuar hasta el movimiento de corte final (*kiri tsuke*). Elevamos el arma hacia el cielo, a la par que el espíritu, a través de nuestra mirada, sigue fijo en el suelo, en un intento de aunar las energías celestes (Yo) con las fuerzas terrenales (In) pero conservando la entera capacidad decisoria del momento (*Ten – Chi – Jin*: “El hombre entre el cielo y la tierra”).

Pero es quizá el espíritu del desapego (*mushin – mushotoku*) lo que adquiere mayor presencia en todo momento dentro del arte del sable. Es como si el propio sable intentara cortar todos esos atractivos lazos que nos unen a lo terrenal y que se convierten también en pesado lastre dentro de nuestro camino de ascensión hacia lo eterno. Son tan fuertes que parece como si el movimiento enérgico de nuestros brazos y el filo de nuestro sable fuesen incapaces de asestar ese “*kiri*” (corte) definitivo. Es tan difícil encontrar la “vía del medio”, que cada día iniciamos de nuevo el combate y soñamos salir vencedores de una batalla en la que al despertar nos veremos obligados, como tantas y tantas veces, a recoger los despojos de nuestra sinceridad. Este es nuestro duelo cotidiano, en el que el feroz adversario se viste con nuestros propios ropajes, y se mira en el espejo de nuestro corazón. Así morimos y renacemos una y otra vez, tratando de ver en cada amanecer la luz que no se apaga.

Ken jutsu e Iaido

El arte del sable (*katana*) ha sido el eje alrededor del cual han florecido en Japón un apreciable número de estilos marciales, algunos de los cuales han llegado hasta nuestros días, no sin haber sufrido las mutilaciones aparentemente necesarias para una sociedad cuyo pragmatismo se impone por encima de cosas tan esenciales como la intelectualidad y la espiritualidad.

El conjunto de los *budo* (arte marcial) en su forma tradicional nos permite ejercer una labor analítica muy interesante, a la par de adentrarnos en las profundas motivaciones de aquellos guerreros de otros tiempos, que no parecían buscar únicamente la con sabida “eficacia de resultados”. Dentro de los mismos, han sido las artes del sable las que quizá hayan cristalizado de una manera más pura los profundos ideales, las inquietudes más transcendentales.

Por alguna extraña ironía en este tiempo actual nuestro, donde su utilidad queda más que nunca en entredicho, siguen vigentes los valores del sable como portador de virtud e instrumento purificador, capaz de cortar los más ambiciosos espejismos de nuestro ego.

Es ahora, como fue entonces, cuando el ser dotado de todo lo material busca precisamente un espíritu lo que a cada momento parece escapar más y más de su interior, y

se aferra a un arma con la que no será capaz de destruir más que aquellos lastres que le impiden emprender el vuelo definitivo, aquel que le acercará a su verdadera esencia universal. Esta visión esotérica del arte del sable ha incidido tanto en la sociedad oriental como en la occidental, donde la mística búsqueda del “Santo Grial” involucró siempre al caballero tanto como a su espada.

Son muchas las escuelas que han sobrevivido al paso de los años en Japón, y nombres como Shinden Fudo Ryu, Kukishinden Ryu, Shinkage Ryu, Muso Shinden Ryu, Katori Shinto Ryu, etc. siguen hoy muy vigentes. En un ámbito más específico, dentro de la Bujinkan Dojo de Hatsumi sensei, el estudio de la tradición del sable suele aplicarse a partir de niveles

intermedios o superiores, justo cuando las bases del *Tai Jutsu* (técnicas sin armas) se han completado. Las dos vertientes posibles en el manejo del sable, *Ken Jutsu* e *Iaido*, han estado presentes en las nueve escuelas básicas de esta tradición. También es cierto que las especializaciones han motivado desarrollos profundamente diferenciados en unas escuelas respecto a otras. Concretamente, todas las escuelas relacionadas con el *Ninjutsu* (Togakure Ryu, Kumogakure Ryu, Gyokushin Ryu) han evolucionado hacia sistemas mucho más liberales y pragmáticos, dando lugar al llamado *Iai Ninpo*. Mientras que otras escuelas más alineadas con el *budo* tradicional han permanecido más próximas al *Iaido* original, con formas más simples, utilizando la katana, combinada incluso con el *tanto* (cuchillo) y con el *kodachi* (sable corto). Tal es el caso de las escuelas Kukishinden Ryu, Takagi Yoshin Ryu o Shinden Fudo Ryu. Las primeras crearon las técnicas denominadas *hiken waza* (secretas u ocultas), mientras que las otras definieron una tendencia marcadamente espiritualista del estudio del sable, con *kata* (formas) más sencillas y con una finalidad de perfeccionamiento interior.

Sea cual sea el estilo o escuela, en todas ellas el sable siempre ha servido a los intereses más elevados, y son éstos y no otros los motivos que deberían guiar nuestro corazón cuando decidimos emprender el camino del *Ken Jutsu* y/o del *Iaido*. Un camino repleto de soledades, en el que nuestro único adversario aparecerá una y otra vez reflejado frente a nosotros, como si de nuestra propia imagen especular se tratara.

El sable no es sólo un instrumento de defensa o ataque, sino el soporte espiritual del guerrero. Por eso mismo, el sable ha sido introducido como un objeto de culto en las ceremonias de los templos Shinto. También es un símbolo representativo del guardián de la ley en el Budismo. Incluso los grabados que en ocasiones aparecen sobre algunas katanas tienen este objetivo, y no sólo el ornamental. Los grabados pueden representar pinos, bambúes, cerezos o carpas en el agua. Otras veces son motivos budistas, caracteres en sánscrito (*siddham*), dragones o imágenes de Fudo Myoo (*Acalanatha*). Relacionados con el Budismo Esotérico son también frecuentes los grabados en forma de *Dokko* (*vajra*) o *Sanko* (*vajra* de tres puntas). Estas imágenes eran símbolos de poder y autoprotección



DO GIRI - CORTE
EN LA CINTURA.

en combate. Con todo ello queda claramente de manifiesto una relación entre la filosofía (Budismo Mikkyo – Shinto) y la ciencia marcial (*Heigaku*).

En el *Iaido*, la finalidad de la práctica ha sido desde sus orígenes el lograr un desarrollo de la percepción interior capaz de presentir la agresión antes de que se produzca. Esta especial sensibilidad hacia el peligro es la que permite aplicar nuestra técnica de ataque anticipadamente como si se tratara de una verdadera acción defensiva. De este modo se expresa en su profundo significado la técnica de desenfundado:

- I: Presentir.
- Ai: Unir.
- Jutsu: Técnica, Arte

Por su parte, el *Ken jutsu* es el arte de la esgrima con katana, el conjunto de movimientos, técnicas y tácticas encaminadas a lograr la victoria sobre el adversario.

- Ken: Arma, sable
- Jutsu: Técnica, Arte

Cuando la técnica como tal alcanza un nivel elevado, comienza a desarrollarse desde un punto de vista más espiritual. El objetivo entonces se centra en alcanzar el estado *mushin*, es decir, la mente vacía de todo razonamiento (la vacuidad). De esta vacuidad nacerá después la profunda percepción interior llamada *muga*.

La actividad del *zanshin* (calma alerta) comienza entonces a proyectarse desde el llamado “ojo espiritual” localizado en la base del cerebro. Desde allí se percibe y controla un área que rodea nuestro cuerpo en todas las direcciones, pudiendo detectar el peligro potencial incluso en zonas no alcanzadas por la vista.

El movimiento del *bushi* (guerrero) logra un nivel elevado de ejecución y eficacia que emana directamente del “espíritu del corazón inmutable” (*fudoshin*) logrado a través de ese aprendizaje interior. El propio sable adquiere una nueva dimensión, bajo cuya perspectiva pueden descubrirse significados más profundos. La *tsuka kashira* (extremo de la empuñadura), por ejemplo, se transforma en el símbolo del *hara*, el vientre como centro de la fuerza, las raíces, origen de la estabilidad y del elemento Tierra. Como prolongación de aquél, la *tsuka* (empuñadura) representa la propia personalidad a la que como individuos nos aferramos. La *tsuba* (guardia) expresa la dualidad fundamental en la que se mueve al guerrero: el bien y el mal, agresor y agredido, activo y pasivo, *Yang* y *Yin*. Desde esta perspectiva de la *tsuba* nos situamos en el lado en el que se defiende la vida y el honor.

Sin embargo, la hoja no es ya el instrumento exclusivo generador de muerte y dolor, sino que adopta la forma más elevada de nuestro ser, contrapunto de la materialidad y de la personalidad encarnada. La hoja del sable se corresponde entonces con nuestra espiritualidad más pura. Dentro de esta lámina de acero podemos diferenciar aún dos partes: la zona no cortante, denominada *mine*, representa lo que en Mikkyo (Budismo Esotérico) se denomina el “Reino de lo Humano” (*Taizokai*). La parte más afilada o *Ha* simboliza lo más espiritual, el “Reino de los Budas” (*Kongokai*). Continuando con esta interrelación, se asigna el valor del alma humana a la hoja del sable, adoptando entonces la *saya* (funda) el papel del cuerpo físico que la envuelve. La punta (*kisaki*), como expresión de mayor agudeza, corresponde al centro del alma.

En cada movimiento de *Iaido* y del *Ken jutsu* se manifiestan los dos principios de la Energía Universal: el *Yin* y el *Yang* (*In* y *Yo*). Su alternancia dará lugar a todas las

técnicas. La pasiva preparación del *furi kabute* (movimiento para armar el sable sobre la cabeza) provoca una energía más activa desarrollada en el *kiri tsuke* (corte final que indica la culminación del movimiento).

A modo de ejemplo, veamos ahora de manera resumida cómo se expresan simbólicamente cada una de las fases constitutivas de un movimiento de un arte del sable, en este caso de *Iaido*. El *nuki tsuke* (desenfundado) es la representación del encuentro del ser humano con la vida, con una nueva existencia. Simboliza el renacer como nueva oportunidad para el aprendizaje supremo en un nuevo ciclo de vida. La explosión de energía que surge del *hara* durante la ejecución del corte es la muestra de nuestra entrega sin reservas al Conocimiento sin límite. Este movimiento, como todos los demás, se realiza mostrando el espíritu *mushin* (vacío, libre de apegos y emociones). La mirada (*metsuke*) del *bushi* observa al adversario inexistente, identificándose a sí mismo como a través de un espejo. De esta forma nos visualizamos vistiendo un ropaje tejido con nuestros miedos y aspectos negativos, que son pronto destruidos por la acción de nuestro propio sable en éste su primer corte. Afrontamos con decisión la tarea de limpiar nuestro ser de los residuos kármicos.

Se suele decir que en la mirada el ojo izquierdo refleja la naturaleza de la mente, su capacidad de razonamiento y análisis. El derecho en cambio, manifiesta los sentimientos y emociones. Ambos vuelven a configurar la esencia del *Yin* y el *Yang* en nuestra acción más sutil.

En el movimiento del *furi kabute*, al levantar el sable sobre la cabeza, queda patente el espíritu del *Ten – Chi – Jin* (Cielo – Tierra – Hombre). Es el momento culminante. Nos situamos por encima del bien y del mal. Necesitamos liberarnos de uno y otro, para poder acercarnos al Vacío (*Ku*) y lograr atraer hacia él a nuestro adversario imaginario, como efecto de su agresión. Aquí es cuando, a la acción de cortar (*shin mitsu*) esa imagen visualizada (*I mitsu*), es preciso añadir la vibración sonora de ese mantra sagrado que se manifiesta a través del grito o *kiai* (*Ku mitsu*). Son los tres efectos coincidentes que logran realizar el místico *San mitsu* (Tres Misterios), purificación sublime de nuestras manifestaciones en el mundo material. Es esta misma expresión del *kiai* lo que permite la conexión profunda entre la energía de nuestro microcosmos individual, localizada en el *hara*, y la del universo exterior que nos rodea.

Finalmente, con el corte definitivo del *kiri tsuke* se logra la materialización de nuestras intenciones. A través de este último gesto, logramos liberarnos de todo aquello que nos ata al mundo exterior de los espejismos, de los lastres de nuestros traumas y deseos. Cortamos los lazos materiales que nos impiden alcanzar el verdadero Conocimiento. Es así como se cierra un nuevo ciclo, una nueva encarnación con todas sus expectativas para una verdadera transformación.

BIBLIOGRAFÍA

- COLLADO VALENCIA, JOSÉ MANUEL (1995). *Nin Jutsu: las escuelas tradicionales*. Madrid: Esteban Sanz Martínez.
- HATSUMI, MASAOKI (2004). *The Way of the Ninja. Secret Techniques*. Tokyo: Kodansha.
- HATSUMI, MASAOKI (2006). *Japanese Sword Fighting. Secrets of the Samurai*. Tokyo: Kodansha.
- HATSUMI, MASAOKI (2008). *Unarmed Fighting Techniques of the Samurai*. Tokyo: Kodansha.
- SATO, KANZAN (1983). *The Japanese Sword. A Comprehensive Guide*. Tokyo: Kodansha.
- TANAKA, FUMON (2003). *Samurai Fighting Arts. The Spirit and the Practice*. Tokyo: Kodansha.